

JORGE SUÁREZ-VÉLEZ
@jorgesuarezv



Los partidos de oposición deben demostrar que están a la altura del momento histórico que enfrentamos. Esta puede ser su última oportunidad.

¿Primero país o partido?

El ataque contra la democracia en México despertó a una ciudadanía apática, lo que parecía imposible. Les toca ahora a los partidos catalizar la energía en las calles –de noviembre y febrero– hacia la elección de 2024. Se contradicen las narrativas expresadas por una ciudadanía que sale a defender nuestra democracia (y a los órganos electorales), y la de partidos que insisten preservar el *statu quo* para que sus cúpulas elijan candidatos a puerta cerrada.

No es trivial que esas cúpulas renuncien al poder que lega esa facultad. El proceso de elegir candidatos les permite premiar a grupos específicos de militantes, para darles dominio sobre jurisdicciones concretas. El problema surge cuando las cúpulas priorizan proteger su influencia por encima de maximizar la competitividad de candidatos potencialmente idóneos. Como me explicara algún político experimentado: “una de las lecciones más difíciles en la política es entender que a veces se gana más perdiendo que ganando”. Es ahí donde estamos atorados. En el PAN, en particular, los “padroneros” (caciques) que dominan el partido prefieren arriesgarse a perder con sus candidatos, antes que darle la candidatura a quien tendría más probabilidad de ganar, pero sobre quien no influirían si lo logra. Ante la coyuntura actual, los partidos –sobre todo PAN y MC– deben preguntarse si primero es el país o el partido. Hoy es más importante que nunca lograr una candidatura única en manos del candidato(a) más competitivo(a). Para saber quién lo es, un proceso de primaria abierta es crucial.

La participación ciudadana en una elección no garantiza encontrar candidatos ganadores. Pero sí permite evitar disputas posteriores a la decisión, particularmente cuando

varios partidos integran la alianza. Un proceso abierto tendría claros beneficios. Primero, familiarizaría a la ciudadanía con cada candidato(a), enganchándola temprano en el proceso electoral. Sabemos que lograr una alta participación será condición indispensable si la oposición aspira a una victoria en 2024. Segundo, haría que los candidatos se fogueen antes de llegar a la elección. Tercero, permitiría que los candidatos más débiles se decanten solos, sin confrontaciones que debilitarían o fragmentarían a la oposición.

El PAN debe aprender del error que se cometió en 2018 cuando la nominación de Ricardo Anaya a puerta cerrada provocó un cisma en el partido. En mi opinión, él hubiera ganado la candidatura en un proceso abierto. Pero, al no haberlo, no hay cómo demostrar si estoy en lo correcto. Algunos que me leen seguramente piensan que Margarita Zavala hubiera resultado ganadora. Es esa duda la que hoy hay que evitar, como también los resentimientos que resultan de ésta.

Claramente, querríamos un candidato(a) con la valentía de Lilly Téllez, la inteligencia de Ricardo Anaya, la solidez de Enrique de la Madrid, la honestidad de Xóchitl Gálvez, la experiencia de José Ángel Gurría y la ciudadanía de Gustavo de Hoyos. Dado que nadie resumirá esas cualidades, una primaria es imprescindible. Sólo así eliminaríamos la posibilidad de polémica al definir una candidatura, incrementando la probabilidad de que MC se sume y facilitando la posibilidad de un gobierno de coalición amplio y sólido, en caso de ganar.

Se equivocan quienes dan por perdida la Presidencia y creen posible sólo enfocarse en buscar mayorías legislativas para la oposición. La mejor forma de lograrlas es teniendo una fuerte candidatura pre-

sidencial que entusiasme al electorado. Eso incrementará la participación ciudadana y jalará al resto de la boleta, abriendo espacios para la alianza opositora en contiendas estatales, locales, senadurías, diputaciones, etc.

Santiago Creel debería ser el primer interesado en una primaria abierta. Lo último que quiere es ser ungido por dedazo. Eso le garantizaría una derrota en la contienda presidencial. Lejos de lograr un final digno a una ilustre carrera, pasaría a la historia como quien la puso por encima del futuro de México. No quiere ocupar ese infausto lugar.

